

cia lucharían tal vez con menos éxito, pero con la misma constancia y el mismo valor de que entonces hicieron alarde, 1808 ha sido el 93 de España; es una fecha que cada español tiene ante los ojos escrita con caracteres de fuego; todo el mundo la glorifica, las mujeres, los adolescentes, los niños que empiezan á hablar. Es el grito de guerra de la nación.

Y están también orgullosos de sus escritores y artistas. Los mendigos, en lugar de decir «España», dicen alguna que otra vez: «la patria de Cervantes». Ningún escritor del mundo ha gozado en su país de la popularidad que tiene en España el autor de «Don Quijote». Creo que no hay un campesino, un pastor, desde los Pirineos á Sierra Nevada, desde la costa de Valencia á las montañas de Extremadura, que al preguntarle quién era Cervantes, no conteste con una sonrisa de satisfacción: «El inmortal autor del Quijote».

España es tal vez el país donde más se celebran los aniversarios de los grandes escritores. Desde Juan de Mena hasta Espronceda, cada uno tiene su fiesta, en la cual se rinde á su tumba un tributo de cantos y de flores. En las plazas, en los cafés, en los coches del ferrocarril, por todas partes se oyen citar por toda clase de gentes, versos de poetas ilustres; el que no sabe leer, repite la cita como un proverbio, por habérsela oído á otro. Y cuando alguien dice un verso, todo el mundo aguza el oído. Cuando uno conoce un poco la literatura española, puede hacer un viaje por el país, seguro de que encontrará siempre con quien hablar y de inspirar simpatía á cualquiera que se dirija y en cualquier sitio donde se halle. La literatura nacional es realmente nacional.

El defecto de los españoles, que desde luego llama la atención de los extranjeros, es que en la apreciación de las cosas, de los hombres y de los acontecimientos, de los tiempos y de su país, traspasan siempre la medida. Todo lo agrandan de un modo desmesurado y ven las cosas como á través de un lente que dilata los contornos más

allá de toda proporción. Como no tienen, hace ya tiempo, intervención directa en la vida general de Europa, les ha faltado ocasión y lugar para compararse con otros Estados y para juzgarse á sí propios después de la comparación. Esta es la razón por que las guerras civiles, las guerras de América, de Africa, de Cuba, son para ellos lo que para nosotros, no la breve guerra de 1860 y 61 contra el ejército papal ó la misma revolución de 1860, sino la misma guerra de Crimea, la de 1859, la del 66. Hablan de combates, sangrientos sin duda, pero sin importancia, que dieron lustre á sus armas en aquellas guerras, como los franceses hablan de Solferino, los prusianos de Sadowa, los austriacos de Custoza. Prim, Serrano y O'Donnell son generales que ponen al lado de los más célebres de otros países. Me acuerdo del ruido que hizo en Madrid la victoria del general Moriones sobre cuatro ó cinco mil carlistas. Los diputados en el salón de conferencias de las Cortes, exclamaban con énfasis: «¡Eh! ¡la sangre española!» Algunos llegan hasta el extremo de decir que si un ejército de trescientos mil españoles se hubiese encontrado en el puesto de los franceses en 1870, hubiera corrido en línea recta hasta Berlín. Ciertamente, que no puede dudarse del valor de los españoles, tantas veces puesto á prueba; pero séame permitido suponer que entre los carlistas sin disciplina y los prusianos reunidos en cuerpos de ejército, entre los soldados de Europa y los soldados de Africa, entre las batallas regulares, en las cuales la metralla corta las vidas á millares, y los encuentros donde no figuran más que diez mil hombres de una y otra parte, puede existir alguna diferencia.

Y de todo hablan lo mismo que de la guerra; y no se crea que éste sea único achaque de la gente del pueblo, sino que también lo es de las gentes cultas. Se prodigan á los escritores elogios desmedidos; se da el dictado de «grandes poetas» á muchos cuyos nombres no han pasado la frontera; los epítetos de incomparable, subli-

me, maravilloso, son moneda corriente que se da y recibe sin que nadie se pregunte ni por asomo si es de buena ley. Se diría que España mira y juzga todas las cosas, más bien como un pueblo americano que como un pueblo europeo, y que en vez de los Pirineos es un océano el que la separa de Europa, mientras que un istmo la une á América.

Por lo demás, ¡cuán parecidos á nosotros! Al oír al pueblo hablar de política, cualquiera se creería en Italia. No se discute, se juzga; no se censura, se condena. Un argumento basta para cada cuestión, y es suficiente el menor indicio para formar un argumento.—¿Tal ministro? Un bribón.—¿Tal otro? Un cobarde.—¿Tal otro? Un hipócrita. Todos, un ejército de ladrones. Uno ha hecho vender los jardines de Aranjuez; aquél se ha llevado los tesoros del Escorial; éste ha vaciado las cajas del Estado; el de más allá ha vendido su alma por un saco de doblones.—No tienen la menor fe en los hombres que manejan la política de treinta años á esta parte; hasta en la plebe se insinúa un desfallecimiento tan grande, que se expresa en cada instante con estos ó parecidos términos:—«¡Pobre España!» «¡Desgraciado país!» «¡Desdichados españoles!»

Pero el encono de las pasiones políticas y el furor de las luchas intestinas no ha cambiado el fondo del antiguo carácter español. Es tan sólo la parte de la sociedad que se llama mundo político la que está corrompida; el pueblo, aunque inclinado todavía á esas cegueras y salvajes excesos de pasión que revelan la mezcla de la sangre árabe y latina, es bueno, leal, capaz de sentimientos magnánimos y de rasgos sublimes de entusiasmo. «La honra de España» es una palabra que hace palpar todavía los corazones.

Tienen maneras francas y cariñosas, menos refinadas tal vez, pero más graciosamente ingenuas que aquellas que tanto se elogian en los franceses. En vez de sonreiros os ofrecen un cigarro, en lugar de deciros una fineza ó galantería os estre-

chan la mano y son más hospitalarios en sus acciones en que sus ofrecimientos.

No obstante, las fórmulas de sus saludos conservan el sello de la más refinada cortesía; un hombre dice á una mujer: «A los pies de usted»; y la mujer dice al hombre: «Beso á usted la mano»; los hombres entre sí firman las cartas con un «que besa sus manos», como un esclavo á su dueño; los amigos no se dicen más que «adiós», y el pueblo tiene el saludo afectuoso de «vaya usted con Dios», que vale más que todos los besos en las manos.

Con esa naturaleza ardiente y expansiva de las gentes, es imposible permanecer un mes en Madrid sin haberse conquistado más de cien amigos, aun cuando no se hayan buscado. ¡Figuraos cuántos no tendrá quien los busque! Y este caso es el mío. Ya no diré amigos, pero conocidos tenía tantos que no parecía extranjero. Los mismos hombres ilustres son de fácil trato y no es necesario, como antes, para llegar á ellos, ir acompañado de numerosas cartas y embajadas de amigos. Tuve el honor de conocer á Tamayo, Hartzbusch, Guerra, Saavedra, Valera, Rodríguez, Castelar y muchos otros, ilustres todos en las letras ó en las ciencias, y á todos encontré iguales: hombres que peinan canas, con la voz y los ojos de jóvenes de veinte años; apasionados por la poesía, por la música y por la pintura; alegres, vivarachos, riendo con risa fresca y sonora. ¡A cuántos he visto, leyendo versos de Quintana ó de Espronceda, palidecer, llorar, levantarse súbitamente como electrizados y dejar ver toda su alma en sus miradas fogosas! ¡Oh almas juveniles! ¡Oh corazones ardientes! ¡Cómo me alegraba yo, al verles y escucharles, de pertenecer á esa raza latina tan vilipendiada hoy; y al pensar que todos somos cortados por un mismo patrón y que si acabamos por amoldarnos al carácter de los demás, al menos nunca perderemos el nuestro!



Después de tres meses de permanecer en Madrid, fué necesario salir para que no me sorprendiera el verano en el mediodía de España.

Me acordaré siempre de aquella hermosa mañana de Mayo, en que abandoné, tal vez para siempre, á mi querido Madrid. Salí para Andalucía, la tierra prometida de los viajeros, la fantástica Andalucía, cuyas maravillas había oído celebrar tanto en Italia como en España, por novelistas y poetas, aquella Andalucía por lo cual puedo muy bien decir que había emprendido el viaje. ¡Y no obstante, estaba triste! ¡Había pasado en Madrid días tan felices! ¡Dejaba allí amigos tan queridos!

Para ir á la estación del Mediodía atravesé la calle de Alcalá, saludé de lejos los jardines de Recoletos, pasé por delante del Museo de pintura, me detuve á contemplar una vez más la estatua de Murillo y llegué á la estación con el corazón oprimido.

—¿Tres meses?...—me preguntaba yo, poco antes de emprender el tren su rápida marcha,—¿hace ya tres meses? ¿No ha sido un sueño?

¡Sí, era en efecto, como si hubiese soñado!

—¡Ya no veré más á mi buena patrona, ya no volveré á ver á la nieta de Saavedra, ni la cara dulce y tranquila de Guerra, ni á los amigos del café de Fornos, ni á tantos conocidos como allí dejaba!—¡Volver!—¡Oh, no, harto sé yo que no podré volver! Así, pues... ¡adiós, amigos míos! ¡adiós, Madrid! ¡adiós, mi cuartito de la calle de la Aduana! ¡Me parece que en este momento me arrancan una fibra del corazón y me veo obligado á esconder el rostro!...

VI

ARANJUEZ

Lo mismo que cuando se llega por la parte del Norte, que cuando se sale de Madrid por el camino del Mediodía, se recorren campos solitarios que recuerdan las provincias más pobres de Aragón y de Castilla la Vieja. Son vastas llanuras amarillentas y estériles; diríase que si se golpeara la tierra, ésta ha de resonar como una caja vacía o quebrarse como la corteza de una torta quemada. Vense pocos y miserables pueblos, del mismo color de la tierra, que parece han de encenderse como un montón de hojas secas, sólo al aproximar á ellas un fósforo encendido. Después de una hora de viaje, mi espalda buscó la pared del vagón, mi codo buscó también un apoyo y caí en un profundo letargo, como un miembro del «Ateneo d' ascoltazione», de Giacomo Leopardi. Poco después de haber cerrado los ojos, cuando fuí despertado por unos gritos espantosos de mujeres y niños, y me puse en pie, preguntando á mis vecinos qué había sucedido. Apenas había formulado la pregunta, me sorprendió una carcajada general. Varios cazadores dispersados por el campo, al ver llegar el tren, se habían puesto de acuerdo para dar un bromazo á los viajeros. Hablábase entonces de la aparición